

# Democracia, seguridad y ciudadanía: Pensamientos improvisados sobre los sucesos del 11-S

S. Ravi Rajan\*



«Quienes controlen el pasado, controlarán el futuro.  
Quienes controlen el presente, controlarán el pasado»

GEORGE ORWELL

No soy un experto en seguridad, ni reivindico el más mínimo conocimiento sobre las dinámicas que subyacen bajo la reciente crisis. Hablo como un ser humano estremecido, atónito e incapaz de reaccionar ante la brutalidad y la barbarie desplegada durante el pasado mes de setiembre. Hablo también como un ciudadano de una democracia. Y como ciudadano, tengo

muchas preguntas sobre las causas de la tragedia, sobre la justicia y sobre quien debe responder por estos hechos; pero quizás, más importante aún, sobre mis propias responsabilidades en esta oscura hora.

Para empezar, considero como un gran tributo al espíritu del liberalismo y de la tolerancia —aquí, en el área de la Bahía— que el ambiente dominante no sea el de un pelotón de linchamiento. De hecho, actos como el que estamos celebrando hoy, con la exposición y el contraste de múltiples puntos de vista, son un ejemplo de las altas cotas morales que el espíritu de la democracia puede llegar a alcanzar. No tengo ningún tipo de duda de que es este espíritu comprometido el que sostiene la llave de la paz y la seguridad para los ciudadanos de todo el mundo.

Concurren opiniones divergentes sobre quienes son los autores de la catástrofe del pasado mes de setiembre. Sin embargo, la sarcástica maldad mostrada por el millonario saudita en su aparición televisiva de hace dos días confiere un cierto grado de certeza incluso al más escéptico de los observadores internacionales. La justificación de los sucesos del 11-S y la

\* *University of California, Santa Cruz, USA. Este artículo fue escrito inicialmente para un seminario promovido por los alumnos de la Universidad de California en Santa Cruz y para el primer Diálogo por la Paz organizado por el Instituto de Estudios Integrales de California, en octubre de 2001. El epílogo ha sido escrito expresamente para los lectores de Ecología Política. Quisiera expresar mi gratitud a los estudiantes de la Universidad de California en Santa Cruz, a Angana Chatterjee, coordinadora de los diálogos; a Jim O'Connor y Barbara Lawrence de Capitalism, Nature, Socialism, y a Jaume Blasco de Ecología Política. (Nota del autor.) Una primera versión de este artículo fue publicada en Capitalism, Nature, Socialism, núm 48, diciembre 2001.*

amenaza de nuevas masacres son, al menos para mí, pruebas suficientes de que el mundo se está enfrentando a un genocida criminal. Se mire por donde se mire, no puedo concebir que ningún amante genuino de dios o de la libertad pueda siquiera considerar (ya no digamos ejecutar) tal atrocidad. Dada mi condición de ex súbdito colonial, no puedo más que reconocer que si alguien tiene motivos para rebelarse —por el saqueo de sus economías, por la destrucción de sus culturas, por la supresión de sus libertades— son los habitantes del Tercer Mundo. Pero, con todo, ninguna de las luchas anticoloniales habidas pretendió nunca aniquilar a sus opresores. Mi propio país de origen (la India), al sacudirse el yugo del colonialismo aleccionó a los británicos, y a Occidente en general, sobre el verdadero significado del concepto de civilización. Lo mismo podría decirse de la actual Sudáfrica y de muchas otras regiones del mundo.

Es cierto que muchos movimientos de liberación han empleado la violencia como parte de su estrategia y, de hecho, incluso en muchas doctrinas pacifistas se da cabida al concepto de *guerra justa*. Si embargo, considero como un insulto a los movimientos revolucionarios de liberación anticolonial la mera comparación con quienes perpetraron la atrocidad de Nueva York. Las palabras —*guerra santa*— y los hechos —la muerte de miles de personas inocentes— no se corresponden con una lucha revolucionaria sino con una actitud nihilista y genocida. Forman parte de una actitud que emana de una arrogancia y un orgullo desmesurado, de una falta total de introspección, de una dejación del sentido de responsabilidad y de una certidumbre antiideológica capaz de justificar el asesinato en masa. Es también una mentalidad que promueve el secuestro, no sólo de aviones, sino también de dios mismo, de la religión, la cultura, el lenguaje, la ciencia y el arte: todo ello para la consecución de sus fines nefarios. Es, además, una actitud que no admite el debate o la discrepancia, que prospera mediante la supresión de la libertad de expresión.

Es también un tributo al espíritu liberal que los hechos del once de setiembre estén siendo considerados y explicados mediante referencias a la historia y al contexto de los sucesos. Celebro este espíritu. Asimismo, no existe en mí duda alguna de que los autores del atentado, quienes quiera que sean, no son héroes, ni guerrilleros de la libertad, ni abogados de la jus-

ticia, sino simplemente egoístas, maníacos y asesinos, como los Hitlers y los Stalins o cualquier otro de los incontables demagogos que fueron apareciendo en Europa durante gran parte del siglo XX. Cualquier genuino defensor de la libertad tiene el deber moral de ofrecer resistencia a estos demagogos.

Dicho esto, no puedo, como ciudadano, dejar de denunciar la perversión sistemática de los ideales emancipatorios sobre los que se sustentan las luchas anticoloniales en Estados Unidos y el Tercer Mundo. Me refiero a la erosión de los principios de la democracia y la libertad, y al estrechamiento deliberado de la idea de seguridad. Desde mi punto de vista no experto, se pueden identificar cinco grandes tendencias que caracterizan la historia del mundo durante los últimos dos siglos. Creo que cada una de estas tendencias es tan aterradora como la propia catástrofe del 11-S, y en cierto modo, en conjunto constituyen el marco en el que se producen los sucesos —si bien insisto, por las razones expuestas anteriormente, en que no los justifican—. Déjeme que me explique:

La *primera* tendencia: está claro que, a pesar de las ilusiones de los medios de comunicación en sentido contrario, el imperialismo, como práctica, está vivo y goza de buena salud. Quizás ya no se practique como antaño, cuando las fuerzas coloniales se reunían en una capital europea para repartirse África, pero tampoco es que difiera mucho. Pocas cosas han cambiado en la política exterior de los gobiernos de los países occidentales, el juego sigue consistiendo en controlar los recursos del mundo —petróleo, materias primas y acceso a los puertos marítimos de aguas templadas— e incluso las ayudas al desarrollo no son sino instrumentos para la consecución de este fin. La historia ha sido, y sigue siendo, la de una codicia desenfrenada, simulada bajo sofisticados instrumentos de control del pensamiento. La historia del siglo XX está plagada de ejemplos de democracias que han sido derrocadas por no servir a los intereses de la hegemonía imperial occidental. De hecho, aquellos que más alto proclaman las virtudes de la democracia y la libertad suelen contarse entre quienes más han abusado de ella. No es más que una broma de mal gusto contemplar a los *Blairusconis* del mundo hablar sobre emancipación y libertad: por muy grandes que sean los efectos de su propaganda en sus propios países, el efecto moral neto que ejercen en el resto del mundo vale menos que el excremento de una vaca.

Una *segunda* tendencia radica en el hecho de que, por cada Bin Laden, existe la historia de un gobierno occidental que le ha brindado su apoyo. No es necesario hacer hincapié en que el propio Bin Laden obtuvo buena parte de su poder inicial de la ayuda occidental, al igual que los talibán, en cierta medida Saddam Hussein, y muchos otros en todo el mundo durante las últimas ocho décadas (aunque debe recordarse, de todos modos, que a su vez ellos usaron también a Occidente para sus propios fines). Cada uno de estos casos es la historia de un oportunismo a corto plazo —para acceder a los recursos de una determinada región, o para derrocar gobiernos, a menudo elegidos democráticamente— cuyas políticas eran excesivamente nacionalistas para los intereses occidentales. Cada uno de estos casos es también la historia de cómo Occidente mira para otro lado cada vez que los protagonistas de estas historias violan todas y cada una de las libertades y derechos civiles que aparecen en los manuales. Es también la historia de cómo se castiga doblemente a los ciudadanos inocentes de estos países, primero dejándolos en manos de tiranos y déspotas que sirven a los intereses a corto plazo de Occidente, y luego sometiendo a bombardeos maléficos que reducen sus almas inocentes a picadillo. De hecho, cada uno de estos casos nos enseña cómo es de estúpido pensar que la mano derecha puede ignorar lo que hace la izquierda. También nos enseña, por último, que cuando uno no repara en los medios, éstos acaban por afectar a los objetivos.

Una *tercera* tendencia en la historia mundial reciente es la de los universalismos, los cuales se manifiestan de diversas formas. Algunos, a modo de asunción de la superioridad —religiosa, o cultural— de unas civilizaciones sobre otras. En este sentido, las recientes manifestaciones del primer ministro italiano Silvio Berlusconi, así como diversos editoriales de opinión del Wall Street Journal, están francamente al mismo nivel de arrogancia despreciable que las declaraciones de los talibán. Otro tipo de universalismo dicta cómo las vidas privadas deben ser vividas. Las violaciones de los derechos de las mujeres a decidir sobre sus propias vidas o de los derechos de los homosexuales en los Estados Unidos no son menos graves que los que cometen en Afganistán aquellos que quieren esconder a las mujeres tras una *burkha*. Aún, otro tipo de universalismo dicta cómo las sociedades deben organizar sus economías. La era de la pos-

guerra fría ha generado un nuevo evangelismo, liderado por el FMI y el Banco Mundial, cuyos máximos sacerdotes dictan las políticas a estados soberanos sin un solo intento, siquiera, de realizarles una visita decente sobre el terreno. El resultado: una hambruna sin precedentes en medio de una sobreproducción de alimentos, y una miseria creciente en todo el mundo. De hecho, para la mayor parte de seres humanos en el mundo, *seguridad* hace referencia al acceso básico a los alimentos y al agua (seguridad que se les niega a pesar de la abundancia de comida). De nuevo, son aquellos que más alto vociferan en nombre de la libertad los que más se resisten a reconocer el acceso a la alimentación como un derecho humano básico. Al mismo tiempo, tradiciones intelectuales enteras de la economía política, tales como la *escuela ética alemana* y diversas variedades del socialismo, han sido sistemáticamente eliminadas de la academia y de los *think tanks* políticos, mientras que aquellas disciplinas que, como la antropología y la geografía, proporcionan una comprensión de los problemas en base a estudios de campo, han sido marginadas por quienes diseñan las políticas. No es de extrañar que el *new deal* —que fue construido bajo el consejo de expertos de diversas disciplinas humanísticas— fuera desmantelado y reducido a una floritura retórica por un hatajo de especialistas en modelización matemática disfrazados de economistas, los cuales probablemente siquiera se han aventurado jamás a pasearse por las zonas conflictivas de Wahington DC.

La *cuarta* tendencia es la continua debilitación de la democracia. Para empezar, este elevado concepto ha sido reducido a un mero problema de representación, en lugar de ser concebido como un crisol en el que se nutren las variadas formas de diversidad. Los elogios que en Estados Unidos merece la metáfora de la sociedad como crisol donde todo se mezcla, en contraposición a una idea de unidad basada en la diversidad, y la gran polémica que se organizó contra la enseñanza del idioma español, como si una lengua más pudiera ser una amenaza al espíritu de ciudadanía de una nación, son ejemplos recientes de cómo la democracia es cada vez más monocromática. Además, a raíz de Bhopal, un accidente que mató tantas personas como el desastre del 11-S y que generó aún más miseria, se ha hecho también evidente que la noción actual de democracia deja poco espacio institucional para abordar preocupaciones

populares, como el riesgo nuclear o la bioseguridad. Y para colmo de males, en Estados Unidos, los mismos oligarcas responsables de nuestra política exterior conspiraron para contravenir el voto popular durante la última elección presidencial. De hecho, nuestro mismo orgullo como democracia ha sido insultado y burlado de forma oportunista.

En último lugar, pero no en orden de importancia, existe una *quinta* tendencia a la ignorancia institucionalizada. En el mundo de los *media*, en el que todas nuestras fuentes de información están controladas por cuatro grandes corporaciones, no existen espacios que nos permitan, a los ciudadanos, tener acceso a la verdad sobre nada. De hecho, la forma en que una pequeña televisión de Qatar ha superado a las grandes cadenas norteamericanas, dando cabida a diferentes opiniones —por muy difíciles de aceptar que fueran algunas de ellas— en contraste con el indisimulado racismo unilateral de la BBC y la CNN, lo dice todo sobre el estado de las cosas. Ni que decir tiene que, hasta el momento, muy pocos norteamericanos han visto el sufrimiento causado por los caprichosos errores de las bombas «inteligentes» en Irak. En el otro lado de la moneda, los ciudadanos parecemos haber perdido la capacidad de escuchar, razonar y debatir con empatía. Lejos quedan las historias contadas al amor de la lumbre, las parábolas, los tribunales de pueblo. En su lugar, no tenemos más que distintas variaciones de *Aarnie* en los diversos Hollywoods del mundo, festejando la sangre derramada, suplicando incluso a los niños pequeños que tomen las armas y participen de las masacres. Tristemente, nosotros, como sociedad, hemos olvidado las simples y largamente contrastadas técnicas para disciplinar a nuestros propios hijos, y en cambio, nos parece más conveniente mandarlos en rebaño a cárceles a las que no pertenecen.

Concluyendo, condeno de forma inequívoca a los autores de la masacre del 11-S. Pero también considero que es importante para mi realizar una introspección e indagar. Estos hechos no son sobre el islam contra el cristianismo u Oriente contra Occidente. Por el contrario, tratan sobre los ciudadanos contra los apetitos insaciables de los demagogos y los oligarcas. Es sobre nosotros, las personas, sobre nuestros derechos, nuestra soberanía y nuestras aspiraciones democráticas. Aquellos que supuestamente nos representan han robado nuestros ideales y han abusado de nuestra buena voluntad, independientemente

de donde seamos, de Oriente o de Occidente, o de qué fe profesemos, el islam, el cristianismo, el hinduismo o el budismo. Si hay algo que debemos hacer, es recuperar nuestros derechos, y alimentar cuidadosamente nuestros ideales de libertad, democracia y justicia universal. Además, necesitamos hacerlo conjuntamente con nuestros hermanos y hermanas de cada raza y cada nación del mundo, construir puentes, reaprender el antiguo arte de escuchar. Pues, al fin y al cabo, quien siembra vientos, recoge tempestades. Sea lo que sea que hagamos, no entremos en una guerra santa, cualquiera que sea la provocación. Brindemos nuestra humanidad y nuestra indulgencia, y pongamos la otra mejilla con la esperanza de que algún día recibiremos un beso.

### EPÍLOGO: SEIS MESES DESPUÉS

Lamentablemente, lejos de servir de estímulo para la consecución de un orden mundial más justo, el 11-S ha significado únicamente el refuerzo del *business as usual*. Leyendo entre líneas, resulta que por cada bomba realmente «inteligente» lanzada sobre Afganistán, ha habido muchas otras de simple devastación indiscriminada. En medio de la celebración de la rápida victoria militar y de la instauración de un régimen de títeres, poco se ha dicho sobre los miles de vidas inocentes que han sido sacrificadas. Asimismo, ha dominado el secretismo en torno a los planes sobre el petróleo de Asia central que han motivado a los aislacionistas Estados Unidos de George Bush Jr. a emplazar tropas en bases militares tan lejanas.

Desgraciadamente, nadie excepto la «chusma» de los estudiantes y los activistas profesionales de Europa y Norteamérica ha llegado siquiera a murmurar cierto disenso al respecto. Las democracias occidentales —sus gobiernos electos y sus medios de comunicación manifiestamente «libres»— se han mostrado de nuevo como lo que siempre han sido: un cúmulo de hipocresías al servicio de los intereses de las oligarquías. Para colmo, la extrema derecha ha renacido: de los cantones austriacos o los municipios de Gran Bretaña a naciones enteras como Francia e Italia. Su invocación: (sorpresa, sorpresa...) la «identidad» y la «seguridad». Su retórica: nada más que el odio a lo libre, lo bello o lo sagrado —sea el medio ambiente, la libertad

de elección o, simplemente, el derecho a la diferencia en los seres humanos.

Sin embargo, y en muchos sentidos, la mayor consecuencia del 11-S ha sido la manera despiadada con la que ha sido utilizado por algunas naciones para exorcizar sus propios demonios. El mundo ha observado con silencioso horror cómo el *Rambo* israelí, Ariel Sharon, ha utilizado su arsenal americano de última generación para eliminar la más remota señal de vida en algunos territorios palestinos. Aún peor, el mundo ha cerrado los ojos ante el genocidio sistemático que está cometiendo en la India el partido en el poder contra musulmanes inocentes en el estado de Gujarat. Este último caso responde, sin duda, a un calculado experimento para comprobar si alguien en el mundo se da cuenta, siquiera. Y por supuesto, nadie ha reparado en ello. Sólo la Unión Europea ha murmurado un poco, para acabar callando mansamente cuando el tigre asiático ha gruñido. La administración Bush, por su parte, ha felicitado al gobierno indio por sus tareas de supervisión en lo que constituye una de las mayores matanzas unilaterales de gente indefensa de la historia reciente. De hecho, la cuestión es no molestar a los aliados de conveniencia. O, visto de otra manera, quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Y todo en nombre de la democracia, la libertad o la justicia. O

incluso, como quizás añadiría el señor Milosevic, de la coherencia.

De nuevo, las lecciones parecen claras. Los estados-nación, en el mundo entero, están siendo gobernados por brutos matones vestidos de etiqueta, verdugos voluntariosos que pretenden hacerse pasar por amables vecinos. Y a la gente corriente se la manipula como a una marioneta, suspendida por hilos invisibles que penden de un ingenio llamado televisión —el cual parece haber solventado el dilema cartesiano entre la mente y el cuerpo convirtiendo los cerebros humanos en caramelo blando.

Así las cosas, la única posibilidad de asumir nuestras propias responsabilidades y redimirnos pasa por un ejercicio de la ciudadanía fuerte y efectivo, es decir, por la participación de ciudadanos de a pie en actos de resistencia, individuales y colectivos, por las calles de todo el mundo. Hoy, seguramente más que en cualquier otra época de la historia humana, existe una necesidad desesperada de un espíritu internacionalista, impulsado por la utopía de un sentido radical de la ciudadanía. De hecho, nadie, en ningún lugar del planeta, es inmune a las garras de las oligarquías globales. Solamente mediante la construcción de un inmenso vínculo cívico, que surque los océanos y cruce los desiertos y montañas, nosotros —la gente— podremos protegernos unos a otros y a nosotros mismos.



**TRANSFORMA**  
INTERCOMUNICACIÓ  
ALTERNATIVA

Entidad no lucrativa para la sensibilización ciudadana

**Servicio de venta por correo de libros y publicaciones sobre:**

**Ecología Social - Interculturalidad - Mujer: Voces y Propuestas  
Solidaridad Norte/Sur - Nuevos Movimientos Sociales  
Economía Sustentable - Comercio Justo/Consumo Responsable**

Si deseas recibir regularmente nuestros catálogos, envíanos tus datos por correo, teléfono o fax. Te tendremos al corriente.

**TRANSFORMA** - Apartado 13.067 - 08080 Barcelona  
Tel. (93) 301 17 26 (tardes) - Fax (93) 317 82 42

e-mail: icariaep@terrabit. ictnet.es